
Las perplejidades de la posmodernidad en el pensamiento de José Jiménez Lozano

The perplexities of postmodernity in José Jiménez Lozano's thought

ANA CALVO REVILLA

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo
Juan XXIII, 6. 28040 Madrid
crevilla.ihum@ceu.es

RECIBIDO: 1 DE SEPTIEMBRE DE 2010
ACEPTADO: 8 DE OCTUBRE DE 2010

Resumen: Partiendo del análisis de las ideas diseminadas en los cuadernos de notas y reflejadas en sus libros de relatos, nos detenemos en el estudio de los ejes que presiden la concepción del oficio de escribir de José Jiménez Lozano, en los que reside la respuesta ética y estética del escritor a los cuestionamientos de la posmodernidad: la primacía de la memoria como fuente de conocimiento, la confianza en la palabra para hablar de lo esencialmente humano y, por lo tanto, el protagonismo de la narración de pequeñas historias memorables. Encontramos en él no solo la deslegitimación del Gran Relato de la modernidad occidental, de Walter Benjamin, sino su reivindicación de la memoria y del protagonismo de los vencidos para alcanzar una verdadera representación del pasado.

Palabras clave: José Jiménez Lozano. Posmodernidad. Relato. Cuaderno de Notas. Walter Benjamin.

Abstract: Based on the analysis of scattered ideas in notebooks and reflected in his books of short stories, we have approached the study of the notions that govern the design of the craft of writing of José Jiménez Lozano, in which lies the ethical and aesthetic response of the writer to the questions of the postmodernity: the primacy of the memory as a source of knowledge, the confidence in the word to speak about the essentially human and, therefore, the protagonism of telling little stories memorable. We find not only Walter Benjamin's delegitimization of the Grand Narrative of Western modernity, but his claim of the memory and the role of the defeated to achieve a true representation of the past.

Keywords: José Jiménez Lozano. Posmodernity. Short story. Notebooks. Walter Benjamin.

Somos pobres en historias memorables
Walter Benjamin

En una entrevista que Cristina Abad le hizo al escritor abulense, este afirmaba: “Si hay algo serio en la posmodernidad es la crítica de la modernidad, la crítica de la razón instrumental. ¿Qué queda entonces? Nada” (1994, 72). Estas reflexiones sobre la posmodernidad, enmarcadas dentro de unas disertaciones sobre la mística, introducen bien las consideraciones que la lectura de textos de Jiménez Lozano nos sugiere en torno a este tema. No nos extraña la relación que nuestro Premio Cervantes entabla entre el pensamiento filosófico y el pensamiento religioso-místico, cuando evoca la afirmación de Carl Schmidt de que los conceptos relevantes de la filosofía política son conceptos teológicos secularizados (49). Una vez que se han desvanecido el mito del progreso y el sueño del mundo justo al que este conduciría, y una vez que el progreso científico-técnico y los anhelos de justicia política han mostrado su peor rostro tras los destrozos morales, políticos y sociales engendrados en los campos de concentración nazi, en los gulags y en los exterminios latinoamericanos, la crítica de la razón ilustrada, como emblema y baluarte de la modernidad, que emprendió la posmodernidad, ha conducido al nihilismo, a la desconfianza en la capacidad del hombre para llegar a ser protagonista de la historia, a la muerte del sujeto y de la razón y, al mismo tiempo, a la negación de los grandes relatos procedentes de las ideologías dominantes y a su sustitución por una multiplicidad de historias, de pequeños relatos, que terminan por convertirse en pluralidad de juegos del lenguaje. Si la entrada en la posmodernidad en Occidente fue posible debido a la aparición de factores muy variados como la difusión de las ideas ilustradas, la implantación del positivismo, el desarrollo científico y tecnológico, la introducción de las ideologías omnicomprendivas y cuasirreligiosas, los totalitarismos de diverso signo (comunismo, nazismo y fascismo), la tragedia de las guerras mundiales y de los campos de concentración, cuya implantación se vio posibilitada, asimismo, “gracias a la democratización del consumo de las ideas, que han promovido los poderosos medios de comunicación de masas, y a la aldea global” (Bustos 24), es una realidad que, a partir de la aplicación de la lógica de la razón ilustrada a todos los ámbitos humanos, tras el desengaño en que desembocaron las esperanzas de construir la historia de un modo razonable y tras la comprobación del fracaso del progreso social, político y moral a que condujo la

Ilustración, se comprobó, como Ortega y Gasset afirmó en 1933, que la crisis tenía que ver con el agotamiento de la “postura moderna” (1994, 16), de ahí que la filosofía tuviera que optar, como ha subrayado Manuel Bustos Rodríguez, por una de estas salidas: o bien por la restauración de la confianza en la razón crítica, o bien por la relativización de los valores y la sustitución de las ideologías por una mentalidad utilitaria, pragmática y fragmentaria (34-35).

¿Cuál es la postura del escritor abulense ante los cuestionamientos de la posmodernidad? No renuncia a la razón ni a la moral. Jiménez Lozano hace de la memoria un principio de actuación racional, que se interesa en la realidad presente, que sobrepasa la mera inclinación que la razón científica y filosófica muestran hacia lo dado, y adopta un principio moral que hace justicia a los perdedores, como bien ha apreciado Reyes Mate cuando afirma: “esta razón anamnética –que no es la anamnesis platónica–, sino que es la categorización de la historia de los perdedores, es particularmente sensible al cultivo de la memoria que ofrece Jiménez Lozano” (1994, 53). Junto a la memoria y a la aceptación de lo humano, Jiménez Lozano recupera la confianza en la razón para desentrañar los misterios del mundo y también la confianza en la palabra, tal y como proclamó Steiner (15), devolviéndole de ese modo “su derecho a hablar de lo verdaderamente esencial” (Ramos 14; Fernández 66-67).

Son dos los ejes que presiden la obra del autor de *El mudejarillo*: la primacía de la memoria y el protagonismo de la narración, especialmente, de la narración de historias memorables, dignas de ser contadas. Sin ignorar la función simbólica del lenguaje y su capacidad para restaurar la adecuación entre las palabras y la realidad, sin desatender la capacidad del lenguaje para revelar y transparentar la realidad, el escritor abulense recupera la función simbólica de la narración, el valor de la obra literaria para mostrar la realidad, para no desvirtuarla ni manipularla y para devolver al mundo el sentido y su *pathos* auténtico, de acuerdo con la concepción de la narración y de la historia de Walter Benjamin.

La memoria de la historia

En el centro de las reflexiones del filósofo judío en *El fragmento teológico-político*, que posteriormente aparecieron en 1940 en *Sobre el concepto de historia* (más conocido como *Tesis sobre la filosofía de la historia*), se encuentra la tesis de que la búsqueda de la felicidad es el punto de convergencia entre el orden profano y el orden mesiánico de la historia; mientras el primero emprende la búsqueda

de la felicidad desde la filosofía del progreso a costa de lo que sea, el segundo lo hace desde la captación del sentido del sufrimiento; efectivamente Walter Benjamin cifra el fundamento de la violencia política tanto en la insignificancia que han revestido la singularidad y las realidades concretas en el pensamiento occidental como en la visión del progreso conseguido a cualquier coste humano. La concepción benjaminiana de que para dotar a lo colectivo de rasgos humanos el individuo tiene que cargar con lo inhumano, con el sufrimiento que han padecido los muertos y las víctimas de la historia; y la propuesta de Benjamin de que se han de juzgar los logros del progreso, no desde los vencedores, sino desde el destino que han seguido quienes han sido humillados y ofendidos, es decir, desde los vencidos; ambas concepciones benjaminianas están latentes en toda la obra literaria de José Jiménez Lozano. Solo desde la visión benjaminiana de la historia se explican adecuadamente algunos de los rasgos que presiden la escritura del escritor abulense, como el protagonismo de los personajes débiles y humillados, de los oprimidos y vilipendiados, de las víctimas de las injusticias sociales, políticas o ideológicas imperantes.

Walter Benjamin muestra que la historia, como proceso unitario y como historia del progreso hacia el fin, no es sino una representación del pasado desde la perspectiva de las clases dominantes (1973, 175-91); para evitar que siga siendo así, reivindica la memoria, especialmente la de los seres desvalidos y sufrientes de la sociedad, y la mirada de las víctimas. El autor de *Segundo abecedario*, por su parte, hace visible lo invisible e incorpora a su modelo de mundo literario la memoria de las injusticias, sin la cual no hay justicia posible. Por otro lado, cuando lo impensado ya ha tenido lugar (los campos de exterminio, los crímenes contra la humanidad, etc.) y lo acaecido se transforma en el punto de partida del pensamiento, entonces, como ha afirmado Reyes Mate, es necesario no solo remitirse a las causas que provocaron la barbarie, sino hacer presente lo ocurrido a través de la memoria, a través de la estrategia anamnética de los testimonios (2009, 118-19), pues, como proclamó Horkheimer en los años treinta, es un hecho que “el camino de la historia pasa por el sufrimiento y la miseria de los individuos” (96-97). Por ello, y para no sucumbir a los imperativos del olvido, el escritor abulense también recupera entre sus lecturas la de aquellos testigos que fueron víctimas de la barbarie del holocausto o de cualquier otro tipo de injusticias, y de todos cuantos dejaron sus testimonios escritos o la narración oral de sus historias. En este marco ideológico se comprende mejor que aparezcan diseminados a lo largo de sus dietarios –*Los tres cuadernos rojos* (1986), *Segundo abecedario* (1992), *La luz de una candela* (1996b), *Los cua-*

dernos de letra pequeña (2003b), *Advenimientos* (2006a), *Los cuadernos de Rembrandt* (2010)– no solo los ecos del pensamiento de Walter Benjamin, quien contempló la barbarie del nazismo desde los adentros, sin alejarse de Europa, sino también las huellas indelebles de otras lecturas, como la de los diarios de Etty Hillesum, holandesa judía fallecida en Auschwitz (1985, 2001). Muchas de las anotaciones de los dietarios de Jiménez Lozano son una verdadera recuperación mediante la memoria de esas otras “memorias del infierno”, de las atrocidades cometidas en la realidad histórica de los campos de exterminio que le llegan de las víctimas del holocausto, para quienes el acto de escribir se convirtió en la única razón que justificó su deseo de supervivencia (Young 406); así reflejó Etty Hillesum la dimensión social y política de su vivencia del campo de concentración en una de sus cartas:

Tras una noche como ésta, por un momento he pensado con toda sinceridad que seguir riendo sería pecar. Pero, un poco más tarde, me he dado cuenta de que algunos se habían ido riendo –aunque esta vez, muy pocos. Y en Polonia, puede que haya muy de cuando en cuando alguien que se ría– aunque, de este convoy, me temo que muy pocos.

Cuando pienso en los rostros de los soldados con uniforme verde de la escolta armada, Dios mío, ¡esos rostros! Los he examinado uno tras otro, atrincherada en mi puesto de observación. Jamás nada me había espantado tanto como esos rostros. Me he planteado preguntas sobre esa frase que es el hilo conductor de mi vida: “Y Dios creó al hombre a su imagen”. Sí, esta frase ha vivido en mí una mañana difícil.

Que ni las palabras ni las imágenes bastan para describir noches como ésta, os lo he dicho muchas veces. Sin embargo, tengo que intentar hacerlos un resumen de ella: uno siente que es permanentemente los ojos y los oídos de un trozo de la Historia judía, siente también a veces la necesidad de ser una pequeña voz. Es preciso que nos tengamos mutuamente al corriente de los acontecimientos que se producen en las cuatro esquinas de este mundo, cada uno debe aportar su piedra al edificio para que, después de la guerra, el mosaico pueda recomponerse, cubriendo el mundo entero. (“Carta a Han Wegerif y otros”. Westerbork, martes, 24 de agosto de 1943)

Jiménez Lozano acompañó esta lectura de Etty Hillesum con la siguiente reflexión en su dietario *Los cuadernos de letra pequeña*, que reproducimos por la riqueza humana y espiritual que encierran:

No se sabe si porque el mundo está siempre en obra, arreglando sus cañerías o luciendo sus fachadas, el caso es que hay días en los que es difícil transitar por él, y otros en que volvemos a casa, a nosotros mismos y a nuestros adentros, como si hubiéramos estado deshollinando chimeneas, o trabajando en una cloaca, pero peor. Peor, porque esta suciedad y mal olor materiales se los lleva una buena ducha, e incluso los rasguños y heridas de nuestros roces diarios, o de la pura brutalidad del mundo en que vivimos; y nuestro baño en basura y sangre comienza a veces con las primeras noticias matinales.

Pero Etty Hillesum advierte algo que nunca vemos; dice: “La suciedad de los otros es también la nuestra; verdaderamente no hay ninguna otra solución que la de entrar en sí mismo y extirparla en su alma. Yo no creo ya que podamos corregir sea lo que sea en el mundo exterior, si no lo hemos corregido antes en nosotros. La única lección de esta guerra es la de habernos enseñado a buscar en nosotros mismos y no en otra parte”.

Y se diría que estas palabras no son más que el clásico mensaje de los maestros espirituales de todos los tiempos, ya convertido en mero sonsonete, pero no por eso dejan de ser el más puro realismo, y ya tenemos más que experiencia secular, pero sobre todo de este nuestro mismo tiempo, para contrastarlo. No hay más que ver los resultados de las revoluciones por la libertad y la justicia. Mejor echar un manto muy espeso sobre todo ello.

Somos suciedad y podredumbre cada uno de nosotros, y no podemos desprendernos de ellas. Porque no es ya que, si lanzamos por la ventana una suciedad, otra nos entre por la puerta, sino que la que entra es una radiante buena conciencia de limpieza y justicia, el fariseísmo mismo vestido de gala, la peor suciedad y la más incurable; y con ella comenzamos a medir primero y luego a reformar. La catástrofe está asegurada, no hay peor gobernación que la de los *puros*.

Pero la Hillesum, que escribió aquellas palabras que he puesto más arriba en un campo de concentración nazi, y no como receta de edificación espiritual para nadie, no se dedicó a odiar la suciedad y la barbarie de los verdugos nazis, y a compadecer a sus víctimas entre las que se encontraba, o a celebrar su inocencia; lo que decidió simplemente fue servir, hacerse útil en ese infierno, con absoluto olvido de sí misma; y nos hizo esa impresionante revelación de que en el infierno también se puede mantener la alegría. Y ni si quiera la propia, sino la de los demás, la de Dios mismo allí impotente. (2003b, 219-20)

El escritor abulense, conforme con el sentir de la joven holandesa relativo a la presencia del mal como una realidad próxima a todos los corazones humanos, sin que sea propiedad exclusiva de unos pocos que pudieran ser considerados malos, remansa en su obra literaria todo sufrimiento, cualquiera que sea su procedencia.

Jiménez Lozano no padece amnesia ni sufre las consecuencias del pensamiento posmoderno, de ahí que toda su obra se asiente en la memoria como modo de conocimiento –siguiendo a Walter Benjamin–, y se fundamente en la relación viva que la mirada del narrador y la voz de los personajes mantienen entre el pasado y el presente. Los recuerdos de Jiménez Lozano y de los protagonistas de sus relatos, como ha afirmado Reyes Mate, “tienen en su formalidad algo de posmodernos: son apariciones fugaces que a modo de relámpago iluminan súbitamente todo el campo haciendo visibles aspectos inéditos de la condición humana” (1994, 54); sin embargo, hemos de decir que solo formalmente pues, aun siendo pequeños relatos, como la posmodernidad proclama, protagonizados por seres débiles, plantean cuestiones, quizá olvidadas o ignoradas, pero esenciales a la condición humana, nada banales ni triviales, que sacuden la conciencia del lector, lo interrogan y lo hieren en lo vivo. Se trata de historias memorables, dignas de ser contadas y leídas y, por lo tanto, de ser rescatadas del pasado y presentizadas para hacer el mundo más humano y habitable.

La memoria de Jiménez Lozano, conservadora del pasado y reedificadora o modelizadora del presente, supera la concepción que de la misma tuvo la modernidad con su pretensión de construir unos tiempos nuevos protagonizados por un sujeto autónomo que, instalado en el presente, arrasara con el pasado (Mate 2008, 31). Toda su obra literaria guarda “memoria de hombre”. Es esta una expresión muy del gusto del escritor, con la que designa la herencia del patrimonio histórico y artístico legado por la tradición cultural precedente, único suelo fundante de la identidad humana, que se extiende más allá de los determinismos ideológicos, sociales o políticos que en cada momento del devenir histórico del hombre hayan pretendido reafirmarse. Se rebela el escritor contra la facticidad de la historia, contra la contemplación de las realidades históricas como realidades definitivas e inapelables, como se rebelaron Walter Benjamin o T. W. Adorno con sus llamadas a la memoria para que la historia no se repita. Como proclamó Sócrates en el *Menón* platónico, puesto que recordar es el nombre con que se designa la tarea de buscar y aprender, Jiménez Lozano recuerda y escribe sobre lo recordado y detiene su

mirada en los vencidos de la Europa judía, cristiana e ilustrada para ayudar a que el hombre sea verdadero agente creador y protagonista de la historia y se haga así testigo de historias memorables, dignas a su vez de ser contadas.

La paradoja de los pequeños relatos

La cuestión ética preside el pensamiento de Jiménez Lozano y en ella se insertan, por lo tanto, las claves interpretativas de su poética de la escritura y de su concepción del oficio de escribir. La preferencia del escritor por las pequeñas historias y relatos nos sitúa, como hemos venido señalando, frente a los grandes relatos de la modernidad, y también frente a la propuesta posmoderna de los pequeños relatos. Hemos de comprender el sentir del escritor cuando se sirve de la expresión “pequeño relato”. La clave nos la da cuando alude a los orígenes bíblicos del mismo:

Y lo cierto es que nunca hubo Grandes Relatos. En el principio y desde el principio, fue siempre el relato pequeño y cotidiano, testimonial de la existencia particular, el primero y único camino de acceso al saber sobre el mundo y los hombres. Los Grandes Relatos, que no sólo en este momento sino siempre a través de los siglos han atemorizado a los hombres y contra los que éstos se han alzado y tratado de destruir, no han sido nunca relatos ni narraciones, sino construcciones intelectuales o ideológicas, políticas, morales, o sacrales. Son sistemas o ideogramas que a veces fueron levantados incluso sobre viejos relatos humildes y verdaderos, cuya verdad tan débil, travistieron, aplastaron o instrumentalizaron, y hasta cuya escritura formal usurparon o parodiaron. Pero no son relatos, sino su *ersatz* o *como si*, su contrafigura e irrisión. (Jiménez Lozano 2003d, 59)

La concepción y el protagonismo del pequeño relato en Jiménez Lozano dista mucho del planteamiento que formuló Jean François Lyotard en *La condition postmoderne* (1979), cuando proclamó la muerte de los “grands récits” y postuló, con la muerte del sujeto y de la verdad de la historia, la existencia de una multiplicidad de pequeños relatos que acogen una multiplicidad de puntos de vista; la remisión del impulso centralizador del pensamiento ilustrado y la disolución de los puntos de vista supremos significó para los posmodernistas como Gianni Vattimo “el fin de todo proyecto y normativa histórica totalizante” (154) y, como consecuencia de la carencia de fundamento de la realidad y de la ausen-

cia de una verdad última, la búsqueda de sentido se trasladó hacia “la multiplicación de los horizontes de sentido” (Vattimo 13) y hacia los márgenes, sustituyéndose “los grandes metarrelatos legitimadores” por “millares de historias pequeñas o no tan pequeñas que continúan tramando el tejido de la vida cotidiana” (Lyotard 121); al mismo tiempo, se concibió el presente como un momento único en la historia que se halla en una situación de crisis perpetua. No es este, sin embargo, como venimos diciendo, el sentir del autor de *Los grandes relatos* (1991). Para la comprensión de los pequeños relatos que constituyen el eje de sus obras —*El santo de mayo* (1976), *El grano de maíz rojo* (1988), *Los grandes relatos* (1991), *El cogedor de acianos* (1993), *Un dedo en los labios* (1996a), *El ajuar de mamá* (2006), *La piel de los tomates* (2007), o *El azul sobrante* (2009)—, son muy interesantes las anotaciones de sus dietarios. En *Los cuadernos de letra pequeña*, al preguntarse Jiménez Lozano sobre la forma que se ha de elegir para contar algo, considera que Walter Benjamin decía que tras un cuento, al contrario de la novela, el lector se puede preguntar: ¿qué pasó después?; y que mientras en la novela se halla “la convención y generalidad del vivir y del pensar”, los cuentos se mueven “en el plano de la singularidad, en el que todo eso quedaba cuestionado; en la radicalidad, en el plano de lo ético y lo religioso, que, también según Kierkegaard, es la categoría de la seriedad y la verdad”, de ahí que sea una de sus formas literarias preferidas (2003b, 150). Consideramos oportuno detenernos en ella pues contiene algunas claves que dan respuesta al papel que los relatos tienen en el conjunto de su obra literaria.

Se narran pequeñas historias para dar cabida al plano ético y religioso, y para moverse con desenvoltura en los mundos que la mundanidad y la banalidad destierran. El relato proporciona la medida del modelo de interpretación que adopta el escritor para dar razón de la realidad y del mundo que le rodea, para mostrar su cosmovisión del hombre como un ser creatural en relación con un Dios trascendente y, por tanto, con un sentido trascendente de la historia, desechando esas otras concepciones posmodernas que postulan la ruptura con las raíces religiosas; no solamente desecha Jiménez Lozano los modelos de mundo propuestos por la concepción posmoderna de la cultura sino que abiertamente mantiene una actitud revisionista y crítica de la misma, y de sus paradigmas antropológicos y culturales. A través de estos pequeños relatos se pone de relieve el espesor teológico de su obra (Rossi 40). Nos encontramos, como acertadamente ha precisado Álvaro de la Rica, “delante de una antropodicea”, en la que el autor levanta “un acta de acusación no contra Dios, que es lo fácil, sino contra el hombre que machaca a sus semejantes” (35).

En el prólogo a *La herencia del olvido*, señala Reyes Mate que Walter Benjamin afirmaba que la historia de un pueblo puede condensarse en una época, la historia de una época en una vida, y la historia de una vida en el detalle, pues son la anécdota y lo minúsculo los que encierran la fuerza subversiva de una palabra y de un gesto (23). ¿No es esta la poética del relato de Jiménez Lozano? Encontramos en estas palabras del escritor la respuesta:

Porque los que no tuvieron voz o nunca fueron, o como si no hubieran sido, deben ser traídos mediante el narrar al ombligo de la historia para que sean escuchados. Porque ellos solos pueden decir algo nuevo y desmontar nuestra realidad de ahora mismo, poniéndola en cuestión, sacándonos de ella y llevándonos a algún castillo de cristal en el aire, que debe ser realidad y lo es, cuando logramos asentarlos en lo real con palabras verdaderas. (1994, 27)

Parte Jiménez Lozano de la idea de que los hombres siempre han vivido en la historia de los pequeños relatos porque “los únicos que nos pueden decir algo son aquellos a los que la Historia ha pegado latigazos. Lo demás ya lo sabemos: palabrería” (Abad 74). Efectivamente, el hombre vive instalado en el relato desde su creación, pues siempre que Dios ha querido comunicar algo a los hombres ha elegido a personas singulares, protagonistas de la acción de Dios entre los hombres, de ahí su origen. Y a esto atiende el escritor con la conciencia de que el relato es el *humus* sobre el que se alzan unas palabras frágiles y sencillas con las que se siguen narrando pequeños y grandes relatos. Sobre este *humus* bíblico se asientan las lecturas del abulense, ya sean las de Ety Hillesum mencionadas o las memorias de Nadezda Mandelstam, *Contra la esperanza*, pues son memorias que ayudan a sobrellevar la existencia:

Su libro *Contre tout espoir* ha sido una de las cosas más hermosas que he leído jamás... lo habré leído siete u ocho veces. Esta mujer me ha ayudado a vivir: el sentido de la dignidad y de la libertad, del amor humano y de la amistad, de la poesía y de la seriedad de la existencia aparece en estas páginas como una herida profunda. (1994, 27)

Es relevante que su último libro de relatos *El azul sobrante* (2009) vaya encabezado con unas palabras de la viuda del poeta ruso Osip Mandelstam, víctima del gulag en 1938: “He pasado noches llorando por el hecho de que los ver-

dugos no leen nada que pueda humanizarles, y todavía lloro. Pero yo tampoco he leído casi nada... Aprendí a leer, cuando releía a Dostoievski”. Con una lengua verdadera y en carne viva Jiménez Lozano escribe desde los adentros unos relatos (Puig de la Bellacasa 99), que invitan a ser leídos también desde los adentros del lector y en el silencio del que parte la narración, y que nos recuerdan que el hombre está redimido y salvado:

Escribir para dar vida, pues: para los muertos, como si no hubiera mundo, para cuando ya no haya mundo. “Soli Deo”, y éste un “Deus absconditus”. Para contarle la maravilla de ser hombres, y como para obligarle a salir de su escondimiento, forzar a la nada a producir algunos ecos. (Jiménez Lozano 1994, 34)

Su producción literaria se convierte en el altavoz de aquellos hombres que han protagonizado unos relatos memorables, pues, como acertadamente ha afirmado José Ramón González, “son esas historias mínimas las únicas en las que puede apoyarse el individuo para hacer frente a esa Historia con mayúscula que en muchas ocasiones no es otra cosa que la forzada esclavitud de la alienación, el desconcierto íntimo y la barbarie elevada a norma” (17). Por este motivo Jiménez Lozano no permanece neutro ante el acontecer humano; los temas que aborda, las cuestiones vitales que rodean a sus personajes, los diálogos que entablan, etc., muestran la condición humana en su totalidad, abordada desde la fragilidad e indignancia, desde la marginalidad. La verdad de los personajes se descubre en la narración de sus vidas, sujetas a las inclemencias del tiempo y de la sociedad de su tiempo.

Jiménez Lozano otorga voz a los vencidos de la sociedad y no duda sacar a la luz las circunstancias vitales y trágicas que los han acompañado. Parece tener el escritor un interés explícito por subrayar el dolor, las heridas, los tormentos interiores y los sufrimientos, y también la compasión de cuantos a ellos se acercan y se dejan interpelar por la pregunta que les dirige el otro desde su necesidad; se percibe bien en esta anotación de *Advenimientos*:

H. me cuenta las confidencias que le ha hecho una mujer de cierta edad. Nacida en tiempos de gran penuria y muerto su padre, su madre la iba sacando adelante con mucho trabajo, y en su desespero, decía con alguna frecuencia que la muchacha se tenía que haber muerto. Esto fue engendrando un odio hacia su madre por parte de la muchacha, hasta que un

día descubrió que la madre, con varios pretextos, se pasaba sin comer o sin cenar, o las dos cosas, para que a ella no la faltara. Pero la madre murió enseguida, y la mujer que se confiaba a H. le dijo que no había tenido ocasión de pedirle perdón por todos los malos pensamientos que había tenido en torno a ella, y el odio con que la miraba a veces, los desprecios y gestos de desamor que con ella había tenido; y el remordimiento ha ido aumentando año tras año. Ya no podía más y había querido suicidarse. Repetía: “Tenía que haber una segunda vuelta o una segunda oportunidad”.

Luego comentamos que, efectivamente, quienes vivimos siempre tenemos una cuenta que saldar con los muertos, que esa cuenta siempre es a favor de ellos, y que hay que cargar con este peso de por vida. Y con el otro peso de no saber siquiera que se nos ama, incluso si nos sentimos abandonados y solos, porque no siempre se nos dice, o nos llega. (2006a, 70)

El protagonismo que otorga el escritor a los seres marginados de la sociedad, a los oprimidos por los regímenes totalitarios y por los estados de derecho, a los débiles de cualquier flaqueza psicológica, social o moral, etc., se encuadra dentro de las coordenadas ideológicas del pensamiento de Walter Benjamin cuando reclama la memoria de las víctimas de la historia, el valor del individuo y de lo singular, tan postergados por las filosofías modernas. Como ha puesto de relieve Reyes Mate, su escritura “ha consistido en desvelar el lado oculto o despreciado de la realidad, es decir, en mirar el mundo con los ojos de los olvidados” (2008, 151). El escritor abulense rescata en su mundo literario la vida de personajes ligados a un pasado vilipendiado por injusticias políticas, sociales, ideológicas, racistas, etc.; contribuye con los mundos posibles imaginados a la tarea benjaminiana de incorporar a la historia universal todo aquello que los historiadores no han dicho de los vencidos, y a la misión de poner de relieve con elevada dosis crítica que semejantes actitudes y comportamientos no han contribuido al progreso humano, aunque así se hayan querido imponer.

No son ajenas la compasión y conmiseración con que trata a los seres desvalidos de la sociedad al sentir del filósofo alemán judío Hermann Cohen y a su defensa de los derechos de los desposeídos, contemplando en el *otro* el *tú* que permite el descubrimiento del *yo* y nuestra constitución como sujetos morales pues, como ha subrayado Reyes Mate, “sabemos lo que somos cuando respondemos a la pregunta del otro, de ese otro ninguneado por la vida, la so-

ciudad o la historia. No se trata, por tanto, de la compasión de hacer un favor al necesitado, sino de devenir uno mismo sujeto moral, o, como se llama en la jerga cristiana, “prójimo” (2008, 24).

Cuando la palabra nombra

Consciente del carácter perturbador que la memoria ejerce sobre las conciencias, el escritor abulense a través de los protagonistas de sus relatos se muestra contrario al uso político de la memoria, así como a su manipulación e ideologización en el debate político; por ejemplo, en *El azul sobrante* critica el cinismo del Estado del bienestar en el relato “La educación política”; la inhumanidad de los procesos inquisitoriales en “La cojita”; la secularización en “El merendero”, etc. Su crítica se hace más agria y mordaz cuando quienes detentan el poder condenan al ostracismo a las víctimas de la sociedad, de ahí que sus relatos giren entonces en torno a los peligros que les rodean y que emprenda en ellos una crítica abierta a la modernidad y a la posmodernidad. Los protagonistas de sus relatos pertenecen a la familia de gentes que, instaladas en la cotidianeidad, padecen, tienen esperanzas e ilusiones normales y viven alejadas de los trastornos de la modernidad y de las catástrofes que proceden de la ruptura con el pasado; condenan las versiones oficiales y las interpretaciones tergiversadas de la realidad, cualquiera que sea su procedencia.

Más allá de los maestros de la sospecha (Marx, Freud o Nietzsche), Jiménez Lozano reacciona contra quienes como Baudrillard defienden la naturaleza ficticia de la realidad y sus simulacros, reclama la afirmación de la realidad tal y como es, y contrasta lo que parece ilusorio con lo real hasta llegar a lo indecible, a los adentros de la realidad, a los entresijos del alma para rescatarla del poder que ejercen sobre ella las diversas formas de poder social, político o ideológico (Calvo Revilla 2005; Casado 2006). Porque las consecuencias del sometimiento a los poderes políticos y sociales establecidos a lo largo de la historia están claras, como puso de relieve en una de las conferencias que pronunció en la Residencia de Estudiantes, la que llevaba por título “Los demonios del escritor”; estas son las consecuencias: la liquidación de la cultura antigua y el odio hacia la memoria histórica, la irrisión de la belleza, de la verdad y del amor gratuito, la presencia del yo del autor en el ejercicio de la escritura mediante la enfatización del yo, el afán de uniformizar a los individuos y a los pueblos, etc. (2003a, 21-48). Sin ceder ante planteamientos relativistas, el autor de *Los cuadernos de Rembrandt* (2010) entra de lleno en la cuestión de

la marginalidad de los temas políticamente incorrectos, hoy relegados del panorama cultural, intentando así liberar al modelo de pensamiento imperante en la sociedad de los tópicos que se han ido enquistando en el marco de las convenciones ideológicas o sociales:

Y, así todo, quedó el hombre mismo tan aligerado y convertido en puro útil, que Walter Benjamin comenzó a quejarse de que ya no había nada que contar; y quienes narran “ya no crean un mundo verdaderamente humano, sino que sólo analizan embrollos intelectuales, reacciones psíquicas y circunstancias sociales”, dice Löwith, pero porque los hombres no importan sencillamente, y el hombre de “cultura media” – el horror de los horrores, mantenido por las educaciones estatales–, cuya proliferación enfurecía a Goethe como la gran desgracia, no tolera que se cuenten historias, ni ninguna otra cosa. Y él es quien decide en la política y en todos los demás planos de cosas, y quien obedece encantado a esas decisiones.

Cada día oímos el *ritornello* de la pérdida y ausencia de valores, como si se tratase del problema de un ama de casa que, de repente, no es capaz de saber dónde ha puesto su llavero y teme que quizás lo ha perdido. Y hasta hay quienes piensan que hay que ir a la búsqueda de esos valores y retomarlos, que sería como poner cerraduras nuevas, pero para aquellas llaves viejas. Porque ¿acaso los famosos valores que se echan de menos no son precisamente los que se disolvieron con tanto gozo en la fiesta de la modernidad, y en sus invocaciones a los prusianos y a los bolcheviques? (Jiménez Lozano 2007a, 10-11)

Jiménez Lozano es uno de los “avisadores” de los peligros que nos asedian como fruto de la globalización y de los nuevos imperativos categóricos de la sociedad actual, de lo políticamente correcto cuando acalla y silencia las atrocidades que se están cometiendo:

Se escribe: se relata o se hace poesía, para escapar a las determinaciones de lo fáctico y, al igual que T. Adorno decía de la política, afirmando que lo que en política no es teología es negocio, podemos comprobar perfectamente que en el ámbito del arte y de la literatura también todo lo que no es teología y carece de presencia real es retórica o comedia de la industria cultural: negocio igualmente, asunto de celebración del poder cul-

tural cómplice de los otros poderes con los que se confunde, cuyos grandes relatos y mentiras sostiene y a cuyas víctimas perfuma. (1994, 25)

Como quien no está aquejado por el olvido ni desconoce los nombres de las cosas, Jiménez Lozano reivindica el lenguaje como modo de conocimiento y recupera el valor del nombre, de llamar a las cosas por su nombre, como en el relato “La Noticia”, de *Objetos perdidos*:

La viejecilla no se acordaba de nada o ¡qué sé yo! A lo mejor sí se acordaba de algo, porque estaba siempre sonriente como si rumiara algún recuerdo muy alegre dentro de sí misma. Y, salvo que estaba un poco torpe de las piernas, tenía muy buena salud y hablaba mucho sobre todo de las moscas, que decía que no le dejaban en paz, y, cuando se sentaba a ver la televisión, que era lo que hacía casi todo el día, allí estaba una mosca en medio de la pantalla. Y, de repente, decía:

–Me acuerdo yo de un año que hubo tantas moscas que...

Pero se paraba siempre aquí, porque ya no podía recordar más y luego continuaba hablando de lo que fuese, porque hablaba de todo mientras estaba viendo la televisión, que sabía todos los programas y lo que iban a decir, decía. Y cuando llegaba el noticiario, llamaba a su hija y a su nietecilla, que vivían con ella en la casa:

–Venid, que va a empezar el “Ángelus” con la noticia.

Y entonces, ella comenzaba a rezar el “Ángelus”, que era lo único que no se le había olvidado. Mientras se iba colocando el pelo blanco, blanquísimo, para recibir la noticia. (1993a, 131)

En este relato los humillados se hacen presentes a través del personaje elegido, una anciana anónima, y los poderosos están representados por la mentalidad dominante que hace de la experiencia de la anciana algo anacrónico. Generalmente, en sus relatos, los dos conflictos se entrecruzan, y así los humillados y los sin poder representan una experiencia poco común, en secreta contradicción con la cultura contemporánea.

Con los pequeños relatos reivindica no solo el protagonismo de las voces anónimas de la sociedad sino también el de los lugares recónditos, alejados de la aldea global de McLuhan y desvinculados de la pretendida homogeneización social e ideológica impuesta por la interconectividad humana global de los medios de comunicación, y se muestra reaccionario frente a quie-

nes intentan atacar el carácter único de cada persona, sometiéndola a un carácter gregario, porque “el hombre de nuestro tiempo, el que se nos diseña desde las instancias culturales y los *media*, es un hombre sin deseos, inapetente como un viejo, que no siente hambre de nada” (Jiménez Lozano 1992, 186); asimismo, reacciona contra la barbarie cultural de la moda imperante, según la cual se han de revisar las obras del pasado según los parámetros de lo políticamente correcto, según los gustos progresistas de la posmodernidad, pues “es uno de los signos más claros del nihilismo presente y de su labor dañina de asesinato de las conciencias” (Ramos 55); en definitiva, se rebela contra la concepción de la cultura como mercancía y producto de los dictámenes de las estructuras de poder, de las ideologías reinantes o de las modas, y contra la reducción de la verdadera sustancia de la cultura por algún *ersatz* o *como si*, “que es una invención de mercado que se mueve en comunidades de masas para las que la cultura ya no significa nada”, y no es nada porque es cualquier cosa, y ese mercado lo sabe:

Y lo que nos muestra esta historia, entonces, es que, si no hay una cultura real y viva –y no construida como un *ersatz de la cultura*– desde luego que toda la asistencia de los poderes públicos y todo el interés de una sociedad por ella, nada puede hacer. Es decir, que no caben patrocinios ni mecenazgos como motores de cultura, cuando ésta no se da. (Jiménez Lozano 2003c, 167-68)

Sus relatos, escritos con un pensamiento libre, sin compromisos ni ataduras con lo que él ha denominado “espíritu de escritura de venta del nuevo estilo internacional” imperante en los *best-sellers*, en los libros que pasan los controles críticos de *la literatura de calidad* y de *denominación de origen* (Jiménez Lozano 2003d, 139), se alejan de cualquier tipo de sometimiento a los poderes posmodernos, culturales y políticos. De ahí que sus obras, que no han sido escritas para ser percibidas como objeto de interés cultural por la posmodernidad, no hayan ocupado siempre el espacio debido en los escenarios culturales estratégicamente diseñados:

Todo el mundo sabe que el *best-seller*, aunque es fabricado por el marketing de un poder político, social, económico o cultural –o de todos juntos–, ha de ser, y es siempre, un halago a la *doxa* o voto universal de éxito, que la doctrina postmoderna asegura, además, que es la única consolida-

ción de lo literario. (Jiménez Lozano 2003d, 30)

Jiménez Lozano reclama, asimismo, el papel que ha de ser restituido a la enseñanza para que vuelva a poner en contacto al hombre con la herencia cultural, con la verdad y la hermosura y la bondad que anidan en el hombre, y critica con mordacidad los planes de estudio posmodernos diseñados para educar en la estupidez, porque de no hacerlo, “se pagará muy caro aunque sólo sea con torrentes de zafiedad, brutalidad e idiotez” (Jiménez Lozano, 1996b, 62). El escritor abulense, inconformista con la *doxa* que denosta la hermosura, se distancia de las modas cambiantes, del capricho de las empresas editoriales, de lo que forma parte de la industria cultural y la homogeneización del gusto, y defiende con su pensamiento y su obra –en perfecta unidad y coherencia– la narración que se pregunta por los hombres y por su destino, como se percibe en esta anotación de *Los tres cuadernos rojos*:

Cuando un escritor acude al diario para narrar, los críticos al uso hablan de “expediente literario”. La superficialidad de sus vidas les impide ver lo que es la escritura: el verter el alma y el infierno en que se vive en el papel, lo que es, realmente, literatura. O lo que merece tal nombre. Y si se escribiese que el acné de un rostro desaparece con la muerte, hablarían de alegorías o símbolos. Como si los símbolos no fuesen, por otra parte, una profundísima expresión de la realidad, y de una realidad atroz y cuyo sentido se nos escapa como en este caso: la muerte torna adorable un rostro que la vida había hecho desagradable. Pero la belleza estaba ahí. (1986, 11)

En consecuencia, resulta imposible considerar a José Jiménez Lozano como autor posmoderno, como fue imposible ubicar en esta categoría a Walter Benjamin (Löwy 13-14), pues tanto las anotaciones de sus dietarios como sus pequeños relatos no se encuadran dentro de los postulados de la posmodernidad; resulta más sencillo afirmar que estamos ante una crítica moderna de la modernidad, cuyas propuestas están vinculadas a experiencias humanas e históricas concretas.

Obras citadas

- Abad, Cristina. “Entrevista a José Jiménez Lozano: ‘El escritor no puede lamer los zapatos de la clientela’”. *Nuestro Tiempo* 475 (1994): 68-75.
- Benjamin, Walter. “Tesis de filosofía de la historia”. *Discursos ininterrumpidos*. Trad. Jesús Aguirre. Madrid: Taurus, 1973. 175-91.
- Bustos Rodríguez, Manuel. *La paradoja posmoderna: génesis y características de la cultura actual*. Madrid: Encuentro, 2009.
- Calvo Revilla, Ana. “La apuesta ética y estética de la narrativa de José Jiménez Lozano”. *Cultura y Sociedad*. Ed. Ana Calvo Revilla. Madrid: Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2005. 61-90.
- . “Rasgos lingüísticos que configuran el discurso literario en *Los grandes relatos* de José Jiménez Lozano”. *Análisis del discurso: lengua, cultura, valores. Actas del I Congreso Internacional*. Eds. Victoria Romero Gualda, Manuel Casado Velarde y Ramón González Ruiz. Vol. 1. Madrid: Arco Libros, 2006. 263-76.
- . “Semblanza de José Jiménez Lozano: los *adentros* del oficio de escribir”. *Personajes creados y personajes encontrados*. Ed. José Jiménez Lozano. Madrid: CEU Ediciones, 2008. 9-20.
- Casado, Manuel. “José Jiménez Lozano: que hablen las cosas”. *Homenaje a José Jiménez Lozano*. Ed. Álvaro de la Rica. Pamplona: EUNSA, 2006. 231-37.
- Chalier, Catherine. “Prefacio”. *La herencia del olvido*. Ed. Reyes Mate. Madrid: Errata Naturae, 2008. 9-22.
- Fernández Urtasun, Rosa. “Algunas reflexiones sobre la poética de José Jiménez Lozano: un estudio de *El narrador y sus historias*”. *Homenaje a José Jiménez Lozano*. Ed. Álvaro de la Rica. Pamplona: EUNSA, 2006. 63-78.
- González, José Ramón. “Introducción”. *Jiménez Lozano: nuestros Premios Cervantes*, 3. Ed. José Ramón González. Valladolid: Junta de Castilla y León/Universidad de Valladolid, 2003. 15-21.
- Hillesum, Etty. *Une vie bouleversée*. Paris: Seuil, 1985.
- . *El corazón pensante de los barracones: cartas*. Barcelona: Anthropos, 2001.
- . *Diario: una vida conmocionada*. Barcelona: Anthropos, 2007.
- Horkheimer, Max. *Historia, metafísica y escepticismo*. Trad. M.^a del Rosario Zurro. Madrid: Alianza Editorial, 1982.
- Jiménez Lozano, José. *El santo de mayo*. Barcelona: Destino, 1976.
- . *Los tres cuadernos rojos*. Valladolid: Ámbito, 1986.

- . *El grano de maíz rojo*. Barcelona: Anthropos, 1988.
- . *Los grandes relatos*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- . *Segundo abecedario*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- . *Objetos perdidos*. Valladolid: Ámbito, 1993a.
- . *El cogedor de acianos*. Barcelona: Anthropos, 1993b.
- . “Por qué se escribe”. *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas, 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994. 19-34.
- . *Un dedo en los labios*. Madrid: Espasa-Calpe, 1996a.
- . *La luz de una candela*. Barcelona: Anthropos, 1996b.
- . *Los cuadernos de letra pequeña*. Valencia: Pre-Textos, 2003b.
- . “Cultura y poder”. *Cuadernos de pensamiento político* 4 (2003c): 167-86.
- . *El narrador y sus historias*. Madrid: Residencia de Estudiantes, 2003d.
- . *Advenimientos*. Valencia: Pre-Textos, 2006a.
- . *El ajuar de mamá*. Palencia: Menoscuarto Ediciones, 2006b.
- . “El sarcasmo de un godó”. *Cuadernos de Pensamiento Político* 16 (2007a): 19-30. 22 de diciembre de 2009. <http://www.fundacionfaes.es/uploads/docs/General/Jos%C3%A9_Jim%C3%A9nez_Lozano.pdf>.
- . *La piel de los tomates*. Madrid: Encuentro, 2007b.
- . *El azul sobrante*. Madrid: Encuentro, 2009.
- . *Los cuadernos de Rembrandt*. Valencia: Pre-Textos, 2010.
- Löwy, Michael. *Walter Benjamin: aviso de incendio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Buenos Aires, 2003.
- Lytard, Jean-François. *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra, 1984.
- Mate, Reyes. “Narración y memoria: reflexiones filosóficas sobre la obra de Jiménez Lozano”. AA. VV. *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas, 1992*. Valladolid: Ministerio de Cultura, 1994. 47-60.
- . *La herencia del olvido*. 2.^a ed. Madrid: Errata Naturae, 2009.
- Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo*. Madrid: Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1994.
- Puig de la Bellacasa, Joaquín. “José Jiménez Lozano: historias y patrimonio”. *Homenaje a José Jiménez Lozano*. Ed. Álvaro de la Rica. Pamplona: EUNSA, 2006. 93-105.
- Ramos Centeno, Vicente. *Razón, historia y verdad*. Madrid: Encuentro, 2000.
- Rica, Álvaro de la. “Retratos y naturalezas muertas en la obra de José Jiménez Lozano”. *Homenaje a José Jiménez Lozano*. Ed. Álvaro de la Rica. Pamplona: EUNSA, 2006. 29-44.

- Rossi, Rosa. “La mirada planetaria de un escritor de pueblo”. AA.VV. *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas, 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura/Centro de las Letras Españolas, 1994. 37-45.
- Schmidt, Carl. *Politische Theologie*. Leipzig: Verlag von Decker, 1934.
- Steiner, George. *Presencias reales*. Trad. Juan Gabriel López Guix. Barcelona: Destino, 1992.
- Vattimo, Gianni. *El fin de la modernidad: nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1986.
- Young, James E. “Interpreting Literary testimony: A Preface to reading Holocaust Diaries and Memories”. *New Literary History* 18.2 (1987): 403-23.